



## **El Pragmatismo como actitud o como habitar gozosamente en los bordes de la filosofía y la política**

Gabriel Palumbo

UBA- Ciudadanía y Democracia- El Iniciador, revista de política  
gabrielpalumbo@ciudadaniaydemocracia.org

Disponemos de diversas formas de mirar lo político. Hay quienes optan por hacerlo desde posiciones esencialistas, cargadas de certezas y verosimilitudes, los unos desde explicaciones casi religiosas, los otros desde el estructuralismo o el institucionalismo más o menos sofisticado.

Si en cambio optamos por convocar a la filosofía y a la cultura para mirar la política, la obra de Richard Rorty aparece como insustituible. Su obra, o más bien los itinerarios sugeridos dentro de ella, proponen una lectura atenta a los cambios en la forma de la construcción de subjetividad y a las potencias políticas que estos cambios habilitan.

La lectura pragmatista, de Rorty, pero también de Dewey, prepara para una experimentación interesante dentro de la reflexión política. Dentro de un acercamiento hacia nuestras sociedades, es necesario advertir-nos de las dificultades planteadas por las diferencias de matices entre las realidades culturales y políticas existentes entre Norteamérica y nuestra región. En ese sentido, nos recostamos sobre un estilo de lectura que consideramos a su vez pragmatista, es decir, utilizamos los textos para pensar y no para recitar. Abandonadas las pretensiones totalizantes, tener la posibilidad de asumir al pragmatismo como una actitud, más que cómo una forma filosófica concreta o un método determinado nos permitirá encontrar otra voz, otra cadencia, para decir de la política cosas nuevas. En este sendero, intentaré aproximarme a un portal tan sinuoso como estimulante, ensayar una versión estrictamente pragmatista del conflicto democrático.

El pragmatismo como actitud presenta tres rasgos predominantes, el rechazo a las explicaciones cartesianas, el antirepresentalismo y un acceso crítico frente al esencialismo.

El anticartesianismo puede ser utilizado para recuperar la idea de naturaleza y dotar al dialecto que usamos al hablar de política de una tonalidad particular, un tono que la supremacía moderna de “lo cultural” ha opacado hasta casi hacerlo desaparecer. Este dialecto, en suma un léxico nuevo, permite habilitar nuevas preguntas que pueden promover nuevas respuestas, intentos de hablar de lo político sin decir siempre lo mismo.

El antirepresentalismo viene a discutir, de modo pragmático, la noción de verdad. Sabemos con William James que la verdad se establece como una relación, como una verdadera función de enlace entre una experiencia pasada y otra experiencia futura. James, notable Psicólogo además de filósofo, logró cifrar el inestimable potencial que deriva de vincular la experiencia de la construcción

de la subjetividad y la condición no estática del yo con un perfil de la verdad no representacionista, abriendo, casi sin buscarlo, un camino de exploración política fenomenal y aún no del todo explorado. La verdad, en el Pragmatismo, no explica el pasado sino que anuncia lo que será, se propone, nos dice Bergson, romper la tendencia natural de la filosofía por querer que la verdad mire hacia atrás. Claro que bajo esta versión de la verdad todo se vuelve más precario, más inestable, menos cierto. Acercarse a este concepto Jamesiano de la verdad le reclamó a Rorty desarrollar el concepto de contingencia en su versión más radical, probablemente el más disruptivo, el más inquietante [políticamente] de toda su obra.

El antiesencialismo, quitada del medio la discusión epistemológica (problema que Rorty resuelve en “La filosofía como espejo de la naturaleza”) presenta la posibilidad del pluralismo, tanto ético como político, que reflejado en lo heurístico permite (casi religiosamente) salirse de la trampa de una metafísica del dolor – esto nos trae una relación clarísima de lectura de James sobre la obra de Renouvier- y reflejado en lo político enseña a pensar en la supremacía de la democracia sobre la filosofía. El componente liberal de la democracia, tratado rortyanamente según la concepción de Sklar, exhibe a este liberalismo como la forma política ocupada en disminuir los quantum de crueldad que los poderosos arrojan sobre los débiles.

El pragmatismo como actitud empieza por el reconocimiento radical de la contingencia como contraparte filosófica y práctica del sentido histórico, pensando por un lado con Hans George Gadamer en la posibilidad de que el otro pueda tener razón y por el otro estando en condiciones de asumir la radicalidad de nuestra propia contingencia, al decir de Rorty, la contingencia del yo aceptando la precariedad de nuestras posiciones filosóficas. La actitud pragmática continúa construyendo una relación no esencialista con la verdad, entendiendo la psicología propuesta por James al entender la condición dinámica, fluida, del yo frente a concepciones estáticas que impactan en las perspectivas acerca de la verdad. Y termina, el pragmatismo como actitud con un fuerte compromiso liberal con la democracia. Liberal en el sentido antes desarrollado de Rorty y liberal en el sentido británico, de libertad política, tan bien trabajado en “La democracia providencial” por Dominique Schnapper.

La actitud pragmatista tiene, además, un costado religioso. No en camino de “tener una religión” del modo clásico, litúrgico, sino más bien en el registro propuesto por Dewey, en relación con el “sentido religioso” Poseer este temperamento religioso supone tener una lealtad incondicional a un ideal surgido de la emoción. Así tratado, el sentido religioso puede expresarse en el arte, en las ciencias, en la política, en lo que pensamos de nuestros países y en la relación que tejemos frente el sufrimiento ajeno. Una última consideración práctica sobre la actitud pragmatista. Esta requiere ineludiblemente de una relación experiencial en franco contacto con la reforma social, supone un compromiso con la formulación de novedades institucionales (en su más amplio sentido) que permitan pensar en la ampliación de la vida democrática.

Ahora bien, a la sabida y compartida crítica [posmoderna] sobre la aplicación de los metarelatos, sobre las narraciones de la totalidad, no llegan a hacernos perder de vista que una sociedad, su organización social y política y sus encuadres simbólicos, se objetivan, se materializan bajo la forma de una narración que es distinta a la Historia, distinta a la Sociología y distinta a la Filosofía. Y es aquí donde intentaré utilizar al pragmatismo como una actitud para poder pensar el conflicto político en general y, particularmente la forma que éste asume en la Argentina.

Desde donde veo las cosas existe, en la argentina, una relación estéril entre la narración y la memoria definiendo una suerte de memorística de la fatalidad que tiñe el discurso político. El desarrollo de este vínculo entre narración y memoria termina constituyendo una categoría política conservadora, “la nostalgia”, cuya práctica concreta es la revancha. Tópicos estos, nostalgia y revancha, que pincelan la formulación del conflicto político restándole capacidad instituyente, al menos desde el punto de vista democrático. Nostalgia, revancha y conservadurismo podrían convivir en el intento de explicación sobre la dificultad democrática argentina por resolver problemas, por avanzar en acuerdos y por postular políticas de estado.

Ni desde la ciencia política, ni desde la sociología, ni mucho menos desde la filosofía política es conveniente opacar la capacidad constructiva del conflicto. La actitud pragmatista propone estrechar los lazos entre ese conflicto y la emotividad que le da vida y existencia. Una vez que no le concedemos al conservadurismo desconocer el conflicto y que no queremos admitir un tratamiento nostálgico, se abre una dimensión posible para ligar el conflicto con la emotividad. Los lectores saben que no es sencillo cifrar una suerte de teoría pragmatista del conflicto. Podemos, incluso, estar de acuerdo en que no es necesaria, pero la verdad es que el problema subsiste y se vuelve sobre nosotros reclamando que tomemos parte de la conversación. Intentemos trabajar este punto manteniendo la actitud pragmática. Lo haré recuperando la discusión alrededor de los antagonismos que mantuvo Dewey con Jane Addams una noche en la Hull House, ese magnífico espacio de intervención pública que Addams creó en Chicago junto a Ellen Gates Starr. En esa discusión, en apariencia abstracta, reside toda una posibilidad de reinscribir el conflicto en un conflicto diferente. Dewey, todavía moderno y hegeliano a la vez, sostenía frente al cristianismo de Addams la condición, sino irreductible, al menos vigorosa de los antagonismos entre formas institucionales. Addams, en cambio, creía que estos antagonismos eran irreales, que mostraban “ simplemente la inyección de actitudes y reacciones personales” demorando la comprensión del significado de la acción y la conducta humana. El impacto de esta conversación en la interpretación filosófica de Dewey fue intenso. Lo llevó, tras una noche de reflexiones impetuosas con él mismo, a entender de los dichos de Addams, una reformulación de la dialéctica según la cual la unidad ya no debería ser percibida como la conciliación de los opuestos, sino que sería de utilidad percibir a los opuestos como la unidad en su crecimiento. Esto tiene derivaciones prácticas ineludiblemente pragmatistas si se entiende que los intereses que son necesarios de guardar siempre son los intereses mutuos y no los particulares, aún en el planteo de un conflicto, por fuerte que éste fuese. Y esto lleva a una radicalización de la dimensión liberal de la democracia, pero a la vez, en términos filosóficos estrictos, nos permite escapar de la referencia metafórica de la existencia de una “arriba” y un “abajo”, tan frecuentes en el léxico ortodoxo de la política. Una consecuencia aún más radical es la posibilidad de explorar la negación, gracias a esta unidad de los opuestos, de la supremacía discursiva entre reformistas y reformados, es decir, entre los sujetos políticos que son protagonistas de un proceso de reforma. Borges, curiosamente o no, y sin implicación política aparente, sostenía una condición crítica similar frente a la dialéctica, valorando la forma poética. Esta negación de la dialéctica, con las presencias de Dewey y Borges, sirven a mi propósito de pensar al conflicto como una consagración de la pluralidad e imaginarlo reclamar un léxico nuevo, siempre colaborativo, que bien puede ser el de una poética política recursiva, zigzagueante, rica y plena de extravagancias. Una idea del conflicto en democracia como la que presento admite una complementariedad conceptual y política muy fuerte con el concepto de campañas desarrollado por Rorty en "Pragmatismo y Política". Rorty entendía las campañas como “algo finito, algo que podemos reconocer que hemos tenido éxito o en lo que, hasta ahora hemos fracasado” resaltando el contraste que presenta frente a la política de "movimientos" (y Argentina se precia, casi se vanagloria, de articular su política mediante movimientos) que no permiten advertir se si ha hecho bien o mal y que apela con ominosa insistencia a posiciones metafísicas, totalizantes y esencialistas.

En la política Argentina, todo se presenta bajo una pátina cargada de lo que Kierkegaard llamó “ pasión de infinito”. Los movimientos políticos argentinos son siempre fundacionales, siempre inaugurales, aún aquellos que nada duran o que tienen a la intrascendencia como su único adjetivo calificativo. Aún las llamadas grandes tragedias argentinas son descritas como ejercicios monumentales que requieren de categorizaciones terminales, imperialismo, clase media, nacionalismo, peronismo, poder militar, para citar sólo algunos.

Utilizar alguna de las posibilidades que describo alrededor de la actitud pragmatista nos permitirá intentar abordar alguno de los problemas de la contemporánea democracia con argumentos menos magníficos pero más concretos. Si algo estuvo y está mal, y eso resulta obvio en la política

argentina, esa responsabilidad es compartida y la reconstrucción necesariamente también lo será, en caso de existir. Si, entonces, sumamos a Rorty y sus “campañas” a nuestra inicial actitud pragmática, nos será posible ensayar algunas consideraciones políticas concretas, de modificaciones léxicas y prácticas derivadas de una nueva forma de establecer la relación instituyente del conflicto.

Una primera discusión es acerca del estado y su papel. La importancia del estado en la Argentina es condicionante, su papel civilizatorio, la densidad que adquiere al momento de conformar ciudadanía, y su contraparte en la falta de un esquema de mercado o de sociedad civil fuerte y vigoroso, lo constituyen en el actor principal de cualquier política reformista. Y esto supone un problema de doble registro, ya que es también el estado la más poderosa maquinaria conservadora y clientelar, por lo que es el problema debe también formar parte de la solución. En este punto se hace necesario discutir una versión amplificada del Estado, con formaciones institucionales estables pero flexibles que puedan sostener temporalmente el ejercicio de reformas graduales y mensurables. Una discusión lateral pero no por ello menos importante es la dificultad histórica pero crecientemente confirmada de la ciudadanía argentina para asociarse sin los incentivos selectivos de carácter estatal. Lograr formas complejas de asociación, por temáticas, alrededor de campañas ayudaría en mucho tanto a la confirmación ciudadana de colectivos sociales como a ver las potencialidades marcadas por una política sin estridencias esencialistas.

¿Cuál puede ser el vehículo político que lleve adelante una propuesta de este tipo? ¿Cuál es el papel de la cultura, del pensamiento y de las ideas en ese contexto? ¿Qué tiene para decir el liberalismo de izquierda en tanto forma política del Pragmatismo filosófico?

Es vital, para la filosofía en tanto política cultural colaborar en la presentización del otro, cooperar en construir instituciones y debates que faciliten el reconocimiento del ejercicio de la crueldad. Es necesario hacer emerger, en clave democrática y en forma vigorosa el conflicto [dibujado con formas actitudinales pragmatistas] por la igualdad en todas la amplitud que permita la experiencia social. Para hacer esto es necesario reformular la relación existente entre lo político, sus enunciados y fundamentos legítimos, los colectivos sociales (de trabajadores en sentido amplísimo) y los pensadores. Hacer esto supone además, en el caso argentino, encarar la reescritura del viejo dilema intelectuales-trabajadores para expresarlo en una clave absolutamente distintiva. La relación entre las formas intelectuales (entendidas no el sentido de claustro universitario sino más bien expresando un registro reflexivo) y los colectivos sociales, sugiero, es uno de los puntos más fuertes que merecen ser trabajado a favor de problematizar la tensión entre Libertad e Igualdad en la Argentina. Esta relación, tan vieja como extendida por el mundo ha adquirido en el escenario argentino la forma del equívoco y de la farsa, o bien proponiéndose desde tópicos marxistas rancios e infructuosos o bien vinculándose interesadamente en ejercicios de corte populista.

Estoy convencido que una lectura atenta, prudente e imaginativa de la literatura Rortyana puede ayudar en recrear la posibilidad de conjunción entre pensadores y colectivos sociales para volverla virtuosa. Esta relación, alumbrada por la certeza en que las ideas tienen consecuencias, debe llevarse adelante bajo una clara vocación proyectiva, en donde la cualidad conflictivamente instituyente de pensadores y políticos esté dada por el pluralismo democrático y la implicación emotiva con la esperanza de un país que no es sólo tragedia y fatalidad permita la emergencia de un colectivo que construya una forma política desde el convencimiento de la estricta convergencia e íntima relación entre ciudadanía e igualdad.

Pensar desde el pragmatismo y desde el liberalismo en la Argentina es admitir una condición marginal, un habitar en los bordes mismos de la filosofía y de la política. Tener actitud pragmática supone colocar la biografía personal sobre esa situación limítrofe y hacerlo con satisfacción, gozosamente abiertos a experimentar. Y es justo decir, con Rorty, que nada de lo que está escrito en este ensayo puede ser tomado como otra cosa que como una sugerencia, como un modo de llamar la atención sobre ciertos temas hablando un lenguaje filosófico determinado. Una discusión que propongo en todo caso para el próximo "coloquio Richard Rorty" es si en nuestra región los que

estamos involucrados con el pensamiento debemos hacer eso y solamente eso. O si tenemos, por el contrario, que forzar nuestra condición privada lo suficiente como para lograr un involucramiento poderoso, más cercano a lo que reclaman nuestras existencias. Y ahora me propongo concluir citando a Milan Kundera en “El arte de la Novela”, diciendo que no es malo habitar estos límites que describo, lo que nunca hay que olvidar es que Dios ríe cuando nos ve pensar.